

Álvaro Góngora y Rafael Sagredo.
Fragmentos para una historia del cuerpo en Chile.
Santiago, Editorial Taurus, 2010, 507 Págs.

Sin duda la historia del cuerpo es la historia de un gran olvido; un olvido silencioso, casi cotidiano por convención, pero, sobre todo, uno que se ha ido forjando en Occidente por medio de la implicancia tanto desde la tensión situada en el credo cristiano entre el pecado y la redención como por la noción epistemológica tradicional asumida de la pertenencia estricta del cuerpo al mundo de la naturaleza y no al de la cultura. Ante lo anterior, *Fragmentos para una historia del cuerpo en Chile* se presenta como un conjunto de trabajos y visiones historiográficas que tienen al cuerpo como su eje conector, así mismo, como su objeto central de estudio en sus diversas perspectivas analíticas. Significados, representaciones, percepciones, continuidades y transformaciones referidas al cuerpo se presentan en esta obra dando cuenta, no sólo de una suerte de intento historiográfico nacional de saldar cuentas con la ausencia histórica de la corporalidad, sino más bien como una forma que, desde

el acercamiento historiográfico a través del cuerpo, *abre nuevas entradas y condiciones de posibilidad para la (una) historia*; una historia atravesada esta vez, no sólo de ideas y acontecimientos, sino también, de tactos y roces, de carnes y huesos.

En cuanto a la obra en sí misma, más que detallar alcances de cada trabajo de manera individual, quisiéramos presentarla desde una agrupación temática y selectiva. Una lectura en este sentido puede ser apreciada entre las articulaciones de cuatro tópicos referenciales a saber: Cuerpo y poder; Cuerpo y espacio público; Cuerpo y percepciones; Cuerpo, sensibilidades e intimidades femeninas.

a) Cuerpo y poder: Bajo este tópico, es posible reunir los trabajos de Carlos Valenzuela *El cuerpo chileno dividido sociogenéticamente* y el de Leonardo León *La antropofagia mapuche, siglo XVI*. En ambos trabajos el poder aparece como un trasfondo conceptual, pero también históricamente configurado en la narrativa trazada.

Así, la noción y la materialización del poder aparece como un elemento referencial, presentándose inmerso y entrecruzado en las diversas lógicas de diferenciación sociogenética, exclusión social y en las estrategias de dominación descritas y analizadas. Valenzuela dará cuenta del poder a través de la negación de un mestizaje generalizado en la conformación de la población nacional, ya que postula que: “(...) se han mantenido grupos estancos socio-etno-genéticos separados por sistemas de apareamientos isofénicos (...) y endogámicos que han condicionado una desigualdad socio-cultural que impregna todo el sistema social chileno (...)” (Pag.23). Por lo mismo, la desigualdad social existente en el país, tendría entonces su correlato sociogenético, así mismo, como las disputas, las tensiones y las luchas por el poder, no sólo podrían ser vistas desde la dialéctica de ricos y pobres, sino que también, aunque guardando las proporciones, entre caucásicos y amerindios, rubios y morenos.

Por su parte, Leonardo León realiza una desmitificación de la antropofagia mapuche, apreciando en ella más un recurso de dominación hispana que una práctica posible de rastrear históricamente hablando. Observando el fenómeno de tal manera, surge, por una parte, la problemática del poder y las estrategias de dominación en medio de un discurso que, con la finalidad de justificar la violencia y el sometimiento, pretendió hacer *del otro* (el mapuche) un caníbal, una bes-

tia, *un no-hombre*. Por otra parte, tal manera de *observar históricamente*, permite al autor enlazar la invención y el imaginario hispano con la auto-representación mapuche y, de tal forma, entrever lógicas de poder propias de cada cultura.

b) Cuerpo y Espacio Público:

Dentro de este tópico, reuniremos los trabajos de Álvaro Góngora *El cuerpo en la Ciudad. Santiago, 1541-1850*, el de Marcos Fernández Labbé *Fuera de sí: Cuerpo, ebriedad y conciencia en Chile 1870-1940* y el de Luís Ortega y Enzo Videla *El dolor de crear riqueza. Cuerpo y trabajo*. Todos los mencionados, de alguna manera se encuentran en el espacio público, como un espacio donde el cuerpo se desenvuelve, donde se hace visible en colectivo y donde experimenta con el mundo y con los otros. Góngora proporciona un trabajo referido a la interacción entre el cuerpo y la ciudad de Santiago, en donde la metrópoli nacional pasa convertirse en un espacio público (o de lo público), un espacio que se conserva y se transforma, un espacio que encuentra y desencuentra a sus habitantes. El autor, además, da cuenta de una “humanización del espacio”, ya que, si bien la ciudad envuelve, contornea y, hasta cierto punto, orienta el movimiento de los cuerpos, éstos a su vez, como vehículos de conciencia que son, transportan la generación de identidades, sensaciones y recuerdos espaciales conectados con la urbe.

También como un tipo de espacio público, se sitúan los discursos sobre la problemática del alcoholismo y su condena moral presentes en el trabajo de Marcos Fernández. El alcoholismo denunciado por los médicos desde fines del siglo XIX, pasa a ser en el discurso de esta nueva elite, no algún tipo de patología sin más connotación, sino una enunciación ideológica que lo entendía como (la) causa de la pobreza y la precariedad de los sectores populares y, en el fondo, de una cuestión social de vastas proporciones. Será, en otra forma, una suerte de inversión moderna de víctimas a victimarios, en donde los sectores populares pasaran a ser el propio causante de sus desgracias, señalándose en lo público y en la observación preconcebida, al alcoholismo como el vicio popular y la amenaza social de la degeneración y el crimen.

Ortega y Videla nos dan cuenta del cuerpo en medio de las relaciones laborales o, bien podríamos decir, en medio de las *relaciones sociales de producción*. Es así que la asociación de cuerpo y trabajo nos posiciona más allá de los tipos de faenas, de los volúmenes de producción y utilidades, en un mundo trazado por la precariedad, el sudor y, por qué no decirlo también, la muerte. Ortega y Videla, en su trabajo, nos permiten apreciar una pequeña analítica, que en clave marxista, podríamos denominar *de la explotación del hombre por el hombre*, por medio de la cual y, siguiendo la lógica de los autores, se nos presentan

más que grandes transformaciones en las relaciones laborales nacionales, demasiadas continuidades hasta nuestros días.

c) Cuerpo y percepciones: Las percepciones implican, sin duda, una observación de las cosas, del mundo y, principalmente, de los otros. Por lo mismo, es que pueden entenderse como manifestaciones sociales de ideologías subyacentes, las que se configuran siempre dentro de marcos sociotemporales concretos y anclados en las (auto) representaciones culturales de la sociedad y sus grupos particulares. La analítica de la percepción puede permitir, por una parte, la aproximación hacia las ideologías decimonónicas como el racismo, el determinismo geográfico y el darwinismo social, en este caso, *connotadas* en un “*entre líneas*” desde las imágenes fotográficas trabajadas en el artículo de Margarita Alvarado y Pedro Mege *Cuerpos y gestos de los nómades del fin del mundo: Categorías estéticas y antropológicas sobre la visualidad fotográfica de los indígenas australes*. Por otra parte, *Los rasgos físicos de los chilenos* de Jorge Rojas Flores nos adentra, desde variadas fuentes, en un recorrido histórico por las percepciones que se han tenido de los rasgos físicos de la población nacional y la serie de connotaciones radicadas en ellas, ya que: “*En muchos sentidos, el cuerpo de los chilenos ha sido transformado en una manifestación simbólica de la nación, de la estratificación social, de las re-*

laciones de poder entre sus miembros y de los cánones culturales predominantes y subordinados.” (Pag.115).

d) Cuerpo, sensibilidades e intimidades femeninas: Dentro de las dimensiones *de un mundo en femenino* por excelencia ataviado entre la sensibilidad, la sensualidad y el erotismo, es posible dirigir la mirada, con óptica renovada, hacia la totalidad social que nos antecede. De esta manera, considerando el erotismo y sus representaciones en el Chile tradicional, René Salinas en *Cuerpo y erotismo en Chile* describe las prácticas eróticas así mismo como su representación en el imaginario colectivo de la población tradicional, no sólo apuntando a su articulación analítica con la ideología imperante y el fuerte disciplinamiento que recibieron, sino que también, como una forma de hacer visibles las serias contradicciones de una sociedad atravesada por el peso de las idealizaciones, las apariencias y las transgresiones.

Desde las representaciones gesticulares y las “*maneras propias*” de la mujer del siglo XVIII, Sagredo se aproxima hacia las actitudes mentales más generales de la sociedad que las cobijó. Así, *Cuerpo y seducción en Chile colonial o la hospitalidad como compensación* nos proyecta una sensualidad femenina entrelazada con la fragilidad de la existencia en el Chile colonial, sus nociones de hospitalidad nacional y las búsquedas e importancias sociales del reconocimiento y la identificación con los otros, en otras

palabras: “*Placeres y diversiones, en las que el género femenino destacó, reflejan conductas que muestran la ambivalencia de la naturaleza humana y las características de una sociedad que busca desesperadamente esconder o soportar la inseguridad de su existencia cotidiana.*” (Pág.17).

Embarazo y amamantamiento: Cuerpo y reproducción en Chile de María Soledad Zárate analiza la sensibilidad e intimidad femenina desde las experiencias del embarazo y la lactancia de la mujer, las cuales habrían sido parte de un importante proceso sociocultural de reconocimiento y connotación, que desde una noción estrictamente reproductiva y centrada en *el que va a nacer*, se habrían configurado hasta nuestros días, en una etapa y una experiencia femenina cargada de sensibilidad e intimidad familiar, así como no en menor medida, de gran connotación para el proceso vital de la mujer en sí misma, con la consiguiente proyección transformadora en lo público, porque, como aprecia la autora: “*(...) lo que parece diferente es que el control prenatal hoy es entendido como un instrumento que también debe vigilar, con similar convicción, la salud mental y física de la madre. El cuerpo grávido es un estado temporal; la madre puede volver a exhibir el cuerpo que tenía antes y su misión en el mundo no parece estar restringida a la reproducción de la especie.*” (Pág.411).

Modelos, estereotipos e idealizaciones del cuerpo y la búsqueda de la belleza en clave femenina es lo que nos presenta Jacqueline Dussaillant en *Consumo y belleza. Los cuidados del cuerpo femenino, siglos XVIII-XX*. La autora, apoyándose en una visión historiográfica de larga duración va dando cuenta de las articulaciones que se suceden entre las concepciones de la belleza corporal y los marcos sociales y culturales de cada época, así mismo, como la serie de transformaciones acaecidas en tal ámbito. Desde los tipos de maquillajes a los cuidados del cabello y la piel terminando con una vuelta masiva del culto al cuerpo entre las últimas décadas del siglo XX, Dussaillant logra emprender una analítica que posesiona al cuerpo sometido a los vaivenes y dictámenes de la cultura, siendo el embellecimiento de los cuerpos sólo un ejemplo más de aquello. Por lo mismo, sostiene que: *“En la medida que los gustos y las costumbres cambian, la imagen de la belleza corporal se va modificando; a veces radica en las justas proporciones, otras en la supremacía de un rasgo sobre otro. Y esos productos, de origen casero al comienzo e in-*

dustrial después, se emplean en un juego de domesticación del cuerpo. Éste ha terminado por convertirse en un verdadero objeto de consumo.” (Pág.445).

Para cerrar, no quisiéramos dejar de mencionar que esta historia olvidada del cuerpo de la que hablábamos en un comienzo, sigue siendo aún una historia por hacer, ya que, sin desconocer los alcances particulares de los autores presentes en esta obra, creemos que, si bien no son trabajos parciales como quizás pueda sugerirse, sí lo son de un carácter eminentemente exploratorio, en el sentido de que abren caminos y plantean problemas, mas no permiten llenar completamente los vacíos y *saldar con propiedad las cuentas con el pasado*. Su carácter exploratorio, nos parece que, ante todo, se encuentra en su capacidad para presentar desafíos por resolver en conjunto y en el tiempo; *para ver y hacer ver mejor, para comprender y explicar cada vez más nuestra historia nacional*.

JUAN ARAVENA HERNÁNDEZ.
UNIVERSIDAD DE SANTIAGO
DE CHILE.